

de ellas. Aun allá en el mundo, cuando los hombres graciosos, que llaman hombres de placer, saben hacer eso sin perjuicio y sin tocar á nadie, pasan con ellos y son entretenimiento de los hombres del mundo, y dicen de ellos: «gracioso es, pero al fin hácelo sin perjuicio de nadie;» mas cuando con sus donaires muerden á otros, son muy aborrecidos, y aun suelen parar en mal, porque no falta quien les dé su merecido. Pero porque de esto y de otras maneras de palabras que son contrarias á la unión y caridad de unos con otros, tratamos en la primera parte (1), escusaremos el tratarlo aqui.

CAPITULO XIII.

Que nuestras pláticas y conversaciones han de ser de Dios, y de algunos medios que nos ayudarán para esto.

No salga palabra mala de vuestra boca, dice el Apóstol, sino todas vuestras pláticas sean siempre de cosas buenas de edificación y provecho para los oyentes para que los enciendan é inflamen en el amor de Dios y en deseo de la virtud y perfección (2). Esta es una cosa que habemos menester mucho nosotros, porque nuestro fin é instituto es, no solo atender á nuestro propio aprovechamiento, sino tambien al de los prójimos; y una de las cosas que edifican mucho á aquellos con quien tratamos y con que se hace mucho fruto en ellos, es con semejantes pláticas y conversaciones. Porque, fuera del provecho que estas pláticas traen consigo, viendo los del mundo que nuestro trato es siempre de estas cosas, conciben una estima y respeto grande, entendiendo que está lleno de Dios el que nunca trata con ellos sino de Dios: con

(1) 4 Part. trat. 3, cap. 40 y 41.
(2) Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat: sed si quis bonus ad aedificationem fidei, ut det gratiam audientibus. Ad Ephes. IV, 29.

lo cual son de grande eficacia los ministros que con ellos se ejercitan. Del P. San Francisco Javier se lee en su vida que hacia mas fruto con las conversaciones particulares que con los sermones. Y nuestro Padre en las Constituciones (1), tratando de los medios con que los de la Compañía han de ayudar á los prójimos, pone este por uno de los principales; y pónelo por general, de que todos los de la Compañía han de procurar usar aunque sean hermanos legos.

Para que sepamos y podamos hacer esto mejor, nos ayudará mucho: lo primero, que nos acostumbremos á hablar acá entre nosotros de cosas buenas y espirituales. Del bienaventurado San Francisco leemos (2) que hacia á sus religiosos que se sentasen muchas veces entre sí á hablar cosas de Dios para que fuesen instruidos en este lenguaje y conversacion para cuando estuviesen entre seglares. Y cuéntase allí que, estando ellos una vez en esta santa conversacion, se les apareció en medio el Señor en forma de un hermosísimo mancebo y les echó su bendicion, dandoles á entender cuánto le agradaban aquellas pláticas. Y en la Compañía se usa esto desde el noviciado, juntándose muchas veces los novicios á tratar entre sí de cosas espirituales, y despues toda la vida usamos tener á menudo conferencias espirituales entre nosotros para que estemos diestros en este lenguaje. Y fuera de esto nos está muy encomendado que le usemos en nuestras pláticas y conversaciones ordinarias.

San Bernardo dá sobre esto una muy buena y grave reprehension á ciertos religiosos de su tiempo, poniéndoles delante lo que se usaba en aquellos tiempos dorados. «¡Oh! ¡cuánto distamos, dice (3), de aque-

(1) 7 Part. Constit. cap. 4, §. 8.
(2) 4 part. lib. 4, c. 19 de la Crónica de San Francisco.
(3) O quantum distamus ab his, qui in diebus An-

llos monges que habia en tiempo de San Antonio y San Pablo, primer hermitaño!» porque aquellos, cuando se juntaban y visitaban, toda su conversacion era del cielo y tomaban con tanto deseo y hambre el manjar del ánima, hablando y tratando cosas de Dios y del provecho de sus ánimas, que se olvidaban del manjar del cuerpo, y se les pasaba muchas veces todo el dia ayunos ocupados en esto. «Y este era buen orden, añade (1), cuando á la parte mas principal y mas digna, que es el alma, se le servia primero. Empero ahora, cuando nos juntamos, ya no hay quien pida ni quien reparta este manjar espiritual y celestial; ya no se usa en las visitas y conversaciones hablar de las Escrituras Sagradas, ni de lo que toca á la salud de las almas, sino todo es risas, gracias y palabras que lleva el viento.» Y lo peor es, dice el Santo, que ya el saber entretener á uno de esta manera, se llama afabilidad y discrecion, y aun caridad, y lo contrario se llama sequedad, inurbanidad y rusticidad, y á los que hablan de Dios los tienen por melancolicos y huyen de su conversacion; pero esta caridad destruye la verdadera caridad; esta discrecion destruye la verdadera discrecion. Porque ¿qué caridad es amar la carne y menospreciar el espíritu? Y ¿qué discrecion es darlo todo al cuerpo, y al alma nada (2)? Hartar el cuerpo y matar el ánima de hambre, no es discrecion ni caridad, sino crueldad y desórden grande. Un doctor

tonii extitere Monachi! Bernard. in Apologia ad Guilielmum Abbatem.

(1) Et hic erat rectus ordo, quando digniori parti prius inserviebatur.—Nobis autem convenientibus in unum, ut verbis Apostoli utar (I. ad Cor. XI, 20), jam non est dominicam caenam manducare. Panem quippe coelestem nemo qui requirat, nemo qui tribuat, nihil de Scripturis, nihil de salute agitur animarum: sed nugae, et risus, et verba proferuntur in ventum. Ib.
(2) Ista charitas destruit charitatem, haec discretio discretionem confundit. Quae enim charitas est carnem diligere, et spiritum negligere? quaeve discretio totam dare corpori, et animae nihil? Bernard. ib.
(3) Reg. 11 sacerdotum.

grave (1) cuenta que una vez apareció el Señor á un gran siervo suyo, y le dijo con grande sentimiento seis quejas que de sus siervos tenia; de las cuales la segunda era que en sus juntas y pláticas trataban cosas vanas é impertinentes, y que á él no le tomaban en su boca. Pues procuremos que no tenga el Señor esta queja de nosotros, ni se nos pueda dar esta reprehension.

Otro medio bueno dan San Bernardo y San Buenaventura (2) para tratar siempre de cosas de edificación: que cuando salimos á tratar con los prójimos, llevemos prevenidas algunas cosas buenas y provechosas que les poder decir, y para cuando ellos hablaren algunas impertinentes y vanas, tengamos á punto otras de edificación, para cortar y mudar la plática, de lo cual nos avisan á nosotros nuestras reglas (3). Y no es mucho que los que somos religiosos usemos de este medio para sustentar las pláticas y conversaciones de Dios, tan propias nuestras, pues vemos que los del mundo le usan para sustentar sus pláticas y conversaciones seglares. En esto ha de mostrar uno su buen entendimiento y discrecion, en tener destreza para cercenar y cortar pláticas impertinentes y saber engerir y entremeter cosas de Dios.

Lo tercero nos ayudará mucho para esto amar mucho á Dios y tener mucha afición á las cosas espirituales; porque de esta manera no nos cansaremos ni enfadaremos de hablar ni de oír hablar de Dios, sino antes gustaremos mucho de ello; porque no es pesadumbre, sino gusto y recreacion, hablar cada uno de lo que ama y tiene en el corazon; sino, mirad cuán de buena gana habla el mercader de sus tratos y negocios; en la mesa y sobremesa y en

(1) Taulerus in inst. cap. 28.
(2) Bernard. in form. honestae vitae.—Bonav. in spec. discip. p. 3, cap. 3.
(3) Reg. 11 sacerdotum.

todos tiempos, gusta de oír dónde se compra y vende bien; y el labrador habla de buena gana de sus barbechos y cosechas, y el pastor de sus becerros y corderos (1). Cada uno habla de buena gana de lo que toca á su oficio. Pues así nosotros, que habemos dejado el mundo y tratamos de perfeccion, si amamos mucho á Dios y tenemos mucha afición á las cosas espirituales, todo nuestro gusto y recreación será tratar de esas cosas, y no nos faltará qué tratar. Y así es muy buena señal cuando uno gusta de hablar y tratar de Dios; y es mala, cuando no; conforme á aquello que dice San Juan: "Ellos son del mundo, y por eso hablan de las cosas del mundo (2)."

San Agustín, sobre aquellas palabras de la sabiduría: "Alimentaste á tu pueblo con manjar de ángeles, y les diste pan preparado en el cielo sin trabajo, que contenía todo gusto y toda suavidad de sabor (3)," dice (4) que aquel maná del cielo con que sustentó Dios en el desierto á los hijos de Israel, sabía á cada uno á lo que él quería, conforme á estas palabras. Empero esto, dice, se ha de entender de los buenos, que á los malos no les sabía á lo que ellos querían; porque si eso fuera, no pidieran, ni deseáran otro manjar, como lo desearon y pidieron. A estos no solo no les sabía el maná á todas las cosas, antes les enfadaba ya, y tenían hastío de él, y suspiraban por carne, y se acordaban de las ollas de Egipto y de los cohombros, pepinos, puerros, cebollas y ajos que allá comían; y eso de-

(1) Qui tenet aratrum, et qui gloriatur in jaculo, stimulo boves agitat, et conversatur in operibus eorum, et enarratio ejus in filiis taurorum: cor suum dabit ad versandum sulcos. *Eccl. XXXVIII, 23.*

(2) Ipsi de mundo sunt, ideo de mundo loquuntur. *I. Joann. IV, 5.*

(3) Angelorum esca nutriti populum tuum, et paratum panem de coelo praestitisti illis sine labore, omne delectamentum in se habentem, et omnis saporis suavitatem. *Sapient. XVI, 20.*

(4) August. *lib. 1, ad inquis. Januarii, c. 3; et lib. 2 retract. cap. 20.*

seaban y apetecían más (1). Pero los buenos estaban muy contentos con el maná, y no tenían deseo de otro manjar, ni se acordaban de eso, porque en él hallaban todos los sabores que querían. Pues esta es la diferencia que hay entre los religiosos buenos y perfectos, y los tibios é imperfectos; que los buenos religiosos gustan mucho de las cosas espirituales y de Dios, y de hablar y tratar de eso, y hallan en este maná todos los buenos sabores: sábeles Dios á todas las cosas, y dicen con San Agustín y San Francisco: "Dios mio, y todas las cosas." *Deus meus et omnia.* Todas las cosas les es Dios, y en él hallan todo lo que desean. Pero á los tibios é imperfectos no les sabe este divino maná á todas las cosas, antes les enfada y les dá en rostro, y mas se huelgan de oír el cuento que el ejemplo: no es esa buena señal. «Dichosa la lengua, dice San Jerónimo (2), que no sabe hablar sino de Dios!» Y San Basilio dice: «Al verdadero siervo de Dios dánle en rostro las pláticas vanas é impertinentes; y la conversacion y pláticas de Dios le son mas dulces y sabrosas que la miel. De aquí es, que el alma muy aficionada á Dios, para su honesta recreacion y alivio de sus trabajos y enfermedades, no tiene necesidad de distraerse á pláticas y conversaciones de cosas impertinentes y ridiculas; porque estas, como no las ama, antes le acrecientan la pena y el trabajo. Lo que le consuela y alivia, es hablar y oír hablar de las cosas que ama y desea (3).» Y así leemos de

(1) Quis dabit nobis ad vescendum carnes? Recordamur piscium quos comedebamus in Aegypto gratis: in mentem nobis veniunt cucumeres, et pepones, porri, et cepae, et allia. Anima nostra arida est, nihil aliud respiciunt oculi nostri nisi manna. *Numer. XI, 4.*

(2) Felix lingua, quae non novit nisi de divinis texere sermonem. *Hieron.*

(3) Fuitesque habeantur sermones, tu magnopere, ne attendito, sed si quae ex divinis litteris ad salutem animi pertinentia memorare audieris; acerba gustatu tibi ea sunt, quaecumque de mundanis rebus

Santa Catalina de Sena, que nunca se cansaba de hablar de Dios; antes esa era su recreacion y medio para estar mas recia y sana, y para descanso y alivio de sus enfermedades y trabajos. Lo mismo leemos de otros muchos Santos.

De otra razon muy principal, por la cual nos conviene mucho que nuestras pláticas y conversaciones con los prójimos sean de Dios.

CAPITULO XIV.

No solamente para la edificacion y provecho de los prójimos es necesario que nuestras pláticas y conversaciones sean de Dios, sino tambien para nuestro propio aprovechamiento y conservacion; porque hablando de Dios nos inflamaremos y encenderemos mas en su amor, que es muy propio de semejantes pláticas, como lo vemos en aquellos dos discipulos que iban al Castillo de Emaús hablando de estas cosas (1). Y nosotros lo experimentamos algunas veces, que salimos mas movidos y devotos de algunas conversaciones de estas que de los sermones. De Santo Tomás de Aquino cuenta Surio (2) que sus pláticas y conversaciones con todos eran de cosas santas y provechosas á la salud de las almas, y que esta fué una de las causas por que despues de haber hablado y negociado con hombres se podia recoger á orar y meditar con facilidad las cosas divinas; porque como las pláticas eran de cosas de Dios y dichas con consideracion, no le distraian ni le impedían la oracion. Del P. S. Francisco Javier, una de las cosas que se cuen-

tan en su vida por digna de admiracion (1) es el haber sabido juntar tan bien la accion y trato con los prójimos, con la oracion; porque acudiendo á tantas cosas, y andando ocupado en tan grandes negocios, y caminando casi siempre ó por tierra ó por mar, en tantos trabajos y peligros, y siendo en el trato con todos tan urbano y cortesano; con todo, siempre andaba interior y en la presencia de Dios, y en apartándose de los negocios y del trato con los prójimos, luego con mucha facilidad y gusto entraba en oracion y en un trato familiar con su Esposo celestial. Y dáse allí la razon; porque, como no se habia distraido en la ocupacion, fácilmente tornaba á lo que no habia dejado; por el contrario, si nuestro trato y nuestras palabras y conversaciones no son de Dios, corremos mucho peligro. Decía nuestro bienaventurado P. S. Ignacio (2), que así como el trato y conversacion familiar con los prójimos es de mucho fruto y edificacion para ellos y muy propio de la Compañía, si se hace como debe; así al contrario, si no sabemos tratar como debemos, será de mucha desedificacion para ellos y de mucho peligro para nosotros. Dice San Bernardo: «Las palabras vanas fácilmente ensucian el corazon, y lo que oímos y tratamos de buena gana cerca estamos de hacerlo (3).»

Es verdad que algunas veces en las pláticas y conversaciones que tenemos con los prójimos, es menester entrar con la suya; pero dice nuestro Padre que ha de ser para salir con la nuestra. No nos lleven ellos tras sí y entren con la suya y salgan tambien con ella, sino salgamos nosotros siempre con la nuestra, trayéndolos á ellos

(1) Lib. 6, cap. 3 de la vida del P. S. Francisco Javier.
(2) Lib. 3, cap. 11, de la vida del P. S. Ignacio.
(3) Vanus sermo cito polluit mentem; et facile agit, quod libenter auditur. *Bernard. in modo bene vivendi ad sororem, serm. 30.*

memorentur, contraque favis mellis assimilia, quae a pietatis colentibus viris narrentur. *Basil. serm. de renunt. saeculi istius, et spirituali perfect.*
(1) Nonne cor nostrum ardens erat in nobis? *Luc. XXIV, 32.*
(2) Surius in vita Sancti Thomae de Aquino.
B. del C., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

89

á nosotros y á Dios con pláticas provechosas y de edificacion. Y para esto no es menester aguardar tantos puntos ni tantas circunstancias y coyunturas, porque si tanto aguardais, nunca saldreis con la vuestra y quedaránse ellos con la suya. Entiendan todos que somos Religiosos, y que este es nuestro trato, y que con nosotros no han de perder tiempo ni tratar de cosas impertinentes, sino que habemos de tratar de Dios y de cosas de provecho; y sino, no vengan á tratar con nosotros. Y así leemos de nuestro Padre (1), que si algun hombre ocioso venia á él con quien se hubiese de gastar mucho tiempo sin fruto, despues de haberle una y dos veces recibido con alegría, si continuaba las visitas sin provecho, comenzaba á hablar con él de la muerte, del juicio ó infierno, porque decia que si aquel no gustaba de oír semejantes pláticas, se cansaria y no volveria mas; y si gustaba de ellas, sacaria algun fruto espiritual para su alma.

San Agustin, en confirmacion de esto, dice: es verdad que habemos de procurar acomodarnos con todos para ganarlos á todos, como lo hacia el Apostol San Pablo. "A todos, dice (2), me hacia todas las cosas;" con el triste me hacia triste, porque eso consuela al que está triste, ver que el otro se entristece con él y siente su trabajo; y con el alegre mostraba alegría; pero advierte que este acomodarnos con nuestros prójimos y ponernos de su parte, ha de ser de tal manera, que sea para ayudar y aliviar al atribulado y para levantarle y sacarle de la miseria en que está, y no de manera que nos quedemos nosotros en la misma miseria (3). Y declara esto

(1) Lib. 5, cap. 11, de la vida de N. P. S. Agnacio.

(2) Omnibus omnia factus sum. I. ad Cor. IX, 22.

(3) Sic tamen, ut ad auxilium, non ad aequalitatem miseriae valeat. Aug. lib. 83. Quaes. q. 71.

con una buena comparacion, como se inclina el que quiere dar la mano á otro que está caido para levantarle, que no se arroja en el suelo, ni se deja caer como el otro está; antes hace pié y estribo, porque el otro no le lleve tras si, y solamente se inclina un poco, cuanto es menester para ayudarle. De esta manera nos habemos nosotros de acomodar con los seglares y hacernos de su bando, inclinándonos y humanándonos un poco, entrando con la suya para ganarlos; pero habemos de tener firme, y estar siempre muy sobre los estribos para que no nos lleven tras si, sino que salgamos con la nuestra. Y persuadámonos esta verdad, que una de las cosas que edifica mucho á aquellos con quien tratamos, es ver que nuestro trato es siempre de cosas buenas y provechosas; y aunque algunos al principio parezca que no gustan, despues caen en la cuenta y quedan edificados y con mas opinion y estima de nosotros, porque al fin entienden que aquello es lo que hace al caso; y por el contrario, si ven que entramos con ellos en sus pláticas seglares y que gustamos de esas cosas como ellos, tendranos por ventura por amigos, como tuvieran á otro seglar, pero no por muy espirituales; y así se perderá la autoridad y fuerza para hacer fruto en sus ánimas. Pues procuremos llevar adelante en esto el buen nombre de nuestra Religion y el ejemplo de nuestros Padres antiguos. De nuestro P. S. Francisco de Borja leemos (1), que si algunos seglares, que le visitaban, á quien no podia huir el cuerpo, ingerian pláticas impertinentes, no atendia, ni estaba atento á lo que platicaban, sino tenia su corazon y espiritu puesto en Dios; y avisándole algunos Padres que caia en falta por esta causa y que algunas veces

(1) Lib. 4, c. 4, de la vida de N. P. S. Francisco de Borja.

no venia bien lo que decia con lo que se trataba, respondia que mas queria que le tuviesen por necio que perder tiempo, pareciéndole que era tiempo perdido todo lo que no se empleaba en Dios ó por Dios, que es conforme á lo que refiere Casiano (1) del abad Maquete, que habia alcanzado de nuestro Señor con largas oraciones esta gracia: que en las pláticas y conferencias espirituales, ahora fuesen de dia, ahora de noche, nunca se dormia, ni le venia sueño; pero si se hablaba alguna cosa ociosa é impertinente, luego se dormia.

Concluyamos con un aviso general que San Bernardo dá al religioso: Hayámonos en todas las cosas, y especialmente en esta, de tal manera, que todos los que nos vieren y oyeren se edifiquen y digan: este es verdadero religioso (2). Que es lo que dice el Apostol escribiendo á Tito su discipulo: "En todas las cosas muestráte por ejemplar de buenas obras, en doc-

trina, en integridad, en gravedad, siendo en palabras sano é irreprehensible, para que el que se nos oye, oye tema viendo que nada malo tiene que decir de nosotros (1)." Procuremos en todo dar tal ejemplo y edificacion, que no solo no tengan en qué reparar nuestros amigos sino que nuestros mismos émulos se confundan y avergüencen, viendo que no hallan qué decir contra nosotros, ni de qué asir.

De un filósofo se cuenta que, diciéndole que murmuraban de él, respondió: yo viviré de tal manera, que no den crédito á los que murmuran de mí. De esta manera habemos de vivir nosotros, procurando, no solamente que no haya en nuestras palabras, ni en nuestras obras cosa digna de reprehension, sino que nuestra vida y conversacion sea tal, que no den crédito á los que murmuren de nosotros. Esta es la mejor manera de satisfacer á las murmuraciones, callar con la boca y responder con las obras.

TRATADO TERCERO.

De la virtud de la humildad.

CAPITULO I.

De la escolección de la virtud de la humildad, y de la necesidad que de ella tenemos.

Aprended de mí, dice Jesucristo nuestro Redentor (3), que soy manso y humilde de

corazon y hallareis descanso para vuestras ánimas. El bienaventurado San Agustin dice: Toda la vida de Cristo en la tierra fué una enseñanza nuestra, y él fué de todas las virtudes maestro; pero especialmente de la humildad: esta quiso particularmente que

(1) Cas. lib. 5 de instit. renunt. cap. 29.
 (2) Sic in cunctis se habeat, ut aedificet videntes, et nemo dubitet, cum viderit eum, vel audierit, quin vere sit Monachus. Bernard. in spec. Monach.
 (3) Discite a me quia mitis sum, et humilis corde; et invenietis requiem animabus vestris. Math. XI, 29.

(1) In omnibus te ipsum praebere exemplum bonorum operum, in doctrina, in integritate, in gravitate, verbum sanum, irreprehensibile, ut is, qui ex adverso est, vereatur nihil habens malum dicere de nobis. Ad Tit. II, 7.